

# LA FORMACIÓN DE HERNÁNDEZ COMO MÉDICO

Por: José Enrique Campillo Álvarez y Victoria Cuevas Fernández

Francisco Hernández partió hacia la Universidad Complutense a comienzos del otoño de 1533. No es difícil imaginar cuales fueron las etapas de ese viaje de cuatro o cinco jornadas: primero, a Toledo; de allí, a Madrid, haciendo noche en alguna venta del camino, quizá en Illescas; y desde Madrid, a Alcalá de Henares. Es probable que hiciera el camino a lomos de caballería, acompañado de algún mozo al servicio de su padre, el cual regresaría luego y se llevaría consigo las monturas.

Cuántos sentimientos se entrecocarían en el alma sensible e inquieta de aquel joven de dieciséis años que se alejaba, por primera vez, de los campos que le eran tan queridos y de los familiares y amigos que tanto amaba. Cabalgaba con el ánimo de quien sabe que inicia un camino, posiblemente sin retorno. Las ansias de saber que había despertado en él su maestro de La Puebla, junto con el recuerdo de los relatos oídos acerca de la universidad donde iba a estudiar animaban, sin duda, las tediosas horas de cabalgada por aquella Castilla de enormes y peligrosas soledades, vacía de gentes y de vegetación.

El padre de Hernández debió de sopesar con cuidado las ventajas de enviarlo a estudiar a la universidad alcalina frente a las prestigiosas de Salamanca o Valladolid. Es posible que hasta La Puebla hubiesen llegado noticias de que en la Complutense los grados eran menos costosos, que por especial disposición de su fundador se seguían prodigando becas particularmente a los jóvenes castellanos que procedían de los territorios del arzobispado de Toledo, y sobre todo, que se estaba convirtiendo en la universidad más innovadora del Reino.

Qué emoción debió de embargarle cuando, cansado y con el cuerpo dolorido por tantas horas de montura, descubrió al fin las cúpulas, espadañas y chapiteles de la nueva ciudad universitaria que se levantaba extramuros, al este de la plaza del mercado. El Cardenal Cisneros la había fundado treinta cinco años atrás como parte de un ambicioso proyecto de reformas, propio y de los Reyes Católicos. Su propósito había sido crear una universidad de nuevo cuño, diferente a las ya existentes, que consideraba meros centros de sabia erudición. Pretendía convertirla en el instrumento de formación de las élites dirigentes, tanto para renovar la Iglesia castellana en tiempos de contrarreformas, como para formar funcionarios

competentes para administrar un Estado cada vez más complejo y con posesiones más extensas.

Finalmente estimó que los estudios médicos tenían que ser también atendidos: Toda vez que el conocimiento del arte médica, a causa de las múltiples enfermedades en que diariamente los mortales incurren, es en gran manera provechoso y necesario para la república (capítulo 49 de las Constituciones de 1510)

Sin embargo, el reto fundamental de la Complutense fue transformar los estudios de Teología y Filología desde supuestos humanistas, para que el clero recibiese una nueva formación intelectual, cimentada en la recuperación de las Sagradas Escrituras en sus textos originales (griego, latín, hebreo). Se trataba de intentar comprenderlos directamente, sin las copias

ni las traducciones abundantes en errores y tergiversaciones. Como consecuencia, surgió un gran proyecto filológico, esto es: el estudio con detalle de las lenguas y de las culturas clásicas, que culminó en la Biblia Políglota, la gran obra del humanismo cristiano, coordinada por Antonio de Nebrija y el Colegio Trilingüe. Este espíritu humanista impregnó todos los estudios universitarios, (los médicos como veremos, de forma especial) hasta el punto de considerar el humanismo "el espíritu de Alcalá". Con el que el joven Hernández, por su formación se identificó enseñada.

Nada más llegar, el primer trámite con que tuvo que enfrentarse, consistió en presentarse a las autoridades académicas y formalizar su matrícula. Pero para poder estudiar medicina era imprescindible hallarse en posesión del grado de licenciado en Artes, que

se conseguía tras tres años de estudio de todas las ramas de la filosofía, incluida la filosofía natural o física, en el sentido amplio que se le daba entonces. La excelente preparación que el joven Francisco había recibido en la Puebla, seguramente le eximió de esos tres cursos y le permitió presentarse directamente al examen de grado. De igual manera que previamente tuvo que demostrar, ante las autoridades académicas, su dominio de la gramática y de las lenguas clásicas, que en los colegios menores empezaban a estudiarse a partir de los 7 u 8 años. La importancia de estas tres últimas materias se justificaba por el principio humanista similar al seguido por el maestro de Hernández en la Puebla: la imposibilidad de acceder a ninguna ciencia sin el dominio previo de las lenguas y culturas clásicas.



"Portada de las primeras constituciones de la Universidad Complutense, de Alcalá."